



LOS GUERRILLEROS ROJOS
DE EXTREMADURA

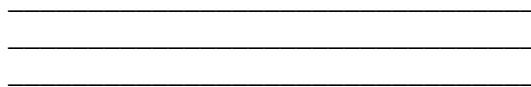
El castillo de la Zagala

SEGUNDA NARRACION

LOS GUERRILLEROS ROJOS DE EXTREMADURA

Ocho narraciones históricas, por LÁZARO

- 1.^a La bandera roja.
- 2.^a El castillo de la Zagala.
- 3.^a Cinco mujeres rojas.
- 4.^a El ataque de los «nacionales».
- 5.^a Los lobos.
- 6.^a Sierra de Monsalud.
- 7.^a El tren de los italianos.
- 8.^a Un molino junto al Guadiana



TEATROS DEL FRENTE

**COMISARIADO GENERAL DE GUERRA
SUBCOMISARIADO DE PROPAGANDA**

EL CASTILLO DE LA ZAGALA

El castillo de la Zagala es una vieja encomienda de los tiempos en que Extremadura constituía la avanzada de los reinos de Castilla y había que estar en guardia contra moros y portugueses. Su último propietario, un latifundista burgués, lo había restaurado; las almenas, los torreones, los emplazamientos para la antigua artillería de plaza, fueron reconstruidos por aquél ricacho que suplantó a los primitivos señores feudales y que, sin cédula real de encomienda, ejercía sobre los campesinos el mismo poder que aquéllos, porque era dueño de la tierra, del ganado de carne, de las bestias de labor, del dinero. Pero la mejor defensa de los veintiún Guerrilleros Rojos estaba en los precipicios, en las barrancadas, en las matas de alcornoques, en los encinares, en la jara donde perdices y conejos burlan al más hábil cazador.

Los hombres que reunieron el «Teto», el «Morao» y Mariano Flores contaban por el momento con muy poco más que su astucia: una pistola, un rifle y una escopeta que se cargaba por la boca formaban su arsenal de guerra. Cualquiera de los cortijos ricos de la comarca

disponía de un parque mejor provisto. Tan escasos como de armas andaban de provisiones. Alguien, entre los veintiuno, apuntó la idea de salir en persecución de una manada de gamos que pastaba por allí cerca. Mariano Flores era hombre práctico y sentenció: «Cuesta menos hacerse con una piara de cochinos o con los jamones de la despensa de cualquier terrateniente». «Claro», asintió el «Teto». El «Morao» agregó: «Yo sé que muchos trabajadores; de los pueblos nos ayudarán... pero se juegan la cabeza y es necesario que hagamos bien las cosas». «Lo primero es organizamos», dijo el «Teto». Se dividieron en dos grupos; uno estaría de guardia durante el día, el otro durante la noche; el «Teto» y Flores fueron nombrados responsables de grupo. Aquel mismo día salieron de requisa.

El cortijo de Melera, en el término de la Puebla de Abando, pertenecía a uno de los fascistas más conocidos de la comarca; un hijo del administrador formaba parte de Falange Española. Se acercaron, divididos en dos grupos, el de ataque y el de requisa. Una pistola del 9 largo, un rifle del 46, una escopeta cargada con postas zorreras. No era mucho; pero el «Morao» metía una bala a doscientos metros con su pistola como quien mete una puñalada. El «Teto» atravesaba un poste del telégrafo a quinientos; y el guerrillero que se hizo cargo de la escopeta se había defendido del boicot a que lo sometieron los amos de la tierra después de la huelga grande de Junio del 34 con una escopeta prehistórica y su habilidad para guiñar el ojo a perdices y liebres. Pero no habían contado con que por aquellos días estaban

en el cortijo el administrador y su hijo el falangista, con dos amigos y algunas señoritas de las que se venían ejercitando en el manejo de la pistola desde mucho antes del 18 de Julio; señoritas del temple de la que ayudó a



asesinar a Juanita Rico. En total, cuatro buenos fusiles y unas cuantas pistolas, detrás del parapeto de tapias y ventanas.

¡Si hubiesen tenido los guerrilleros munición! Ocho tiros de rifle, un par de cargadores y una carga de postas no dan para mucho; el caso era meterles el resuello en el cuerpo a los fascistas, mientras el grupo

de requisa se alejaba con algunos buenos caballos y una pequeña piara de cerdos. El «Tete» gritaba sus órdenes a los diez hombres distribuidos en guerrilla: «¡Disparar sobre seguro! Los de los fusiles, que no me gastéis una bala inútilmente... Vosotros, los de las bombas, no largarlas hasta que estéis a diez metros de las ventanas...» El «Teto» ahorra tiros de rifle a fuerza de astucia. Los del cortijo disparaban fusiles y pistolas a todo gas; parecía aquello una batalla de verdad.

Uno de los hombres del «Teto», emborrachado por sus calculadas fanfarronadas, avanzó con las manos limpias más de lo prudente; cuando aquél dio la orden de retirada tuyo que descubrirse y fué alcanzado por una bala. Un falangista salió del cortijo armado de fusil, con ánimo de rematarlo. No hacía falta; el guerrillero estaba muerto. Alzó el falangista el pie para dar un puntapié al cadáver, pero al «Teto» le quedaban todavía cuatro balas en el almacén del rifle. Bastó una para evitar al desgraciado compañero aquella injuria. El «Teto» regresó al castillo con el rifle, un fusil y unas cartucheras bien repletas. Los tiros de aquel día resonaron en toda la comarca: para los fascistas como un alerta, para los trabajadores oprimidos y para los que andaban ocultos en los montes como una llamada a la lucha.

La respuesta de Agustín Ramos, el lobo de Alburquerque fué inmediata: mutiló el cadáver del guerrillero caído en las cercanías del cortijo de Melera y paseó su cabeza exangüe por las calles de Villarreal, de donde era el muerto.



El grupo de guerrilleros se acreció muy pronto con nuevos reclutas. Desde la raya de Portugal, donde andaban huidos bajo la protección de los trabajadores de aquellas sierras y de los mismos «guardiñas» de la frontera, llegaron algunos hombres cuya personalidad merece

ser destacada. Uno de los que llegaron fué el sargento Morales, del cuerpo de carabineros. Tenía treinta años, era alto, de complexión clara, hombre culto y de buenos modales. Todos lo reconocieron como jefe, aunque los grupos de acción, de veinte hombres cada uno, siguieron actuando a las órdenes inmediatas del «Teto», del «Morao» y de Mariano Flores. A otro de los recién llegados le llamaban el «Fusilao». Era un mozo taciturno. Antes de que lo fusilasen —porque su nombre de «fusilao» no era vano apodo— se le conocía en el pueblo con otro apodo: le llamaban el «Prim». Era militante activo de las Juventudes Socialistas Unificadas del pueblo de la Roca. También este pueblo tenía su lobo carnicero: el cabo Esteban, comandante del puesto de la guardia civil; y además del lobo, un chacal cobarde, sediento de sangre: Fernando el «Chili», de oficio matarife y verdugo de vocación.

Eran doce los trabajadores que aquella noche fueron conducidos a las tapias del cementerio. De cuatro en cuatro los fusilaron. El «Prim» cayó encima de los cadáveres de los ocho primeros; sólo había recibido heridas leves. Se acercó el «Chili» para darle el tiro de gracia en la nuca. Como a los demás. El roce del cañón de la pistola produjo al fusilado incontenible cosquilleo. No pudo reprimir un leve esguince. Sonó el tiro y la bala se le metió por los músculos del cuello, destrozándole la mandíbula. Oyó la voz del cabo Esteban que gritaba: «Échales encima unas brazadas de rastrojo y mañana les prenderemos fuego».

Se alejaron los verdugos. El «Fusilao» se ahogaba

entre la paja; la sangre le llenaba la boca. Esperó un rato. Cuando creyó estar solo, sin más compañía que la de sus compañeros muertos, se incorporó; se sacudió



las pajas, escupió la sangre que le llenaba la boca y echó a correr como un loco, por los olivares, por los encinares, por las matas de alcornoques, en la salvadora oscuridad de la noche, hacia donde le llevaba su instinto.

Atravesó la raya de Portugal, llegó a un horno de cal. Los perros dieron la alarma. El «Fusilao» cayó exánime en brazos de compañeros suyos. Portugal es algo más que Oliveira Salazar y su pandilla. Portugal son los trabajadores. Con haces de leña amontonados ingeniosamente hicieron un chozo; con sus mantas le prepararon dentro de él lecho mullido; lo curaron como saben curar las gentes de la montaña, con yerbas y ungüentos caseros. Nadie supo, jamás que allí revivía lentamente un fusilado. Cuando lo vieron completamente restablecido, le hablaron de los Guerrilleros Rojos de la sierra del Potrenque, desenterraron un fusil que tenían escondido y se lo dieron, que fué como darle lo mejor que tenían.

Con todos estos elementos aumentó la ambición de los Guerrilleros Rojos. Llegaban en sus correrías a largas distancias. Cortaban los postes del telégrafo, interceptaban la comunicación en las carreteras, se acercaban en pleno día a los pueblos. De noche eran, desde luego, los amos y señores en cien kilómetros a la redonda. De noche podían caminar kilómetros y kilómetros sin sobresalto por las carreteras, porque los facciosos se encerraban en los pueblos. Llegaron a tener ochenta magníficos caballos con sus buenas monturas, aunque Flores refunfuñaba contra la manía de requisar potros y domar los que tenían los jóvenes: «Se ponen a relinchar en cuanto nos acercamos; a un cortijo y dan la alarma».

Flores era hombre práctico. Fué el primero en darse cuenta del partido que se podía sacar de muchos artículos en los que no reparaban los demás. Ejemplo: las tuberías de plomo que, tenían los señoritos en sus instalaciones

de agua de los cortijos y palacios. De plomo se hacen las balas. A los cartuchos de caza que los señoritos tenían para el perdigón y el conejo había que ponerles



bala como para caza mayor, como para partir el corazón de piedra de un guardia civil. El «Morao» se pasaba los días en el castillo, fundiendo el plomo y haciendo balas. Pero le gustaba más aún preparar bombas con viejas

latas de tomate, trozos de herradura, clavos... y dinamita. También dinamita encontraron en los cortijos. Los señoritos no se privaban de nada. Claro que la tenían sin saberlo: en los cohetes con que amenizaban las fiestas rumbosas que solían dar a sus amistades algunos días del año, con motivo de cacerías, tiradas de pichón, etcétera. El «Teto» había trabajado en las minas y tenía alguna idea de lo que son explosivos: la pólvora de los cohetes la aprovechó para los cartuchos, la dinamita para las bombas. El día que estrenaron éstas, al rechazar un ataque de falangistas y requetés, obtuvieron un éxito fulminante. Estos héroes de retaguardia, especializados en el asesinato de trabajadores inermes y en el atropello de mujeres indefensas, creyeron ver obuses donde sólo había latas de tomate. Para excusar su desbandada inventaron cañones. «¡Los Guerrilleros Rojos de la sierra del Potrenque tienen cañones!», se contaban los trabajadores al oído. «¡Los Guerrilleros Rojos de la sierra del Potrenque tienen cañones muy grandes para matar a los fascistas!», susurraban las viudas de los asesinados abrazando emocionadas a sus huérfanos. Y los oprimidos veían próxima la hora de la liberación. Y los injuriados sentían llegar el momento de la venganza.

El sargento Morales fomentaba cuidadosamente, entre amigos y enemigos, el mito de los cañones del castillo de la Zagala. En lo más cerrado de la noche estallaban cerca de la guardia falangista de San Vicente de Alcántara o de Alburquerque media docena de bombas. El «Morao» y el «Teto» permanecían agazapados un buen rato, gozando del inútil tiroteo con que los fascistas

agujereaban la quietud de la noche. Luego regresaban tranquilamente a la sierra. Los pastores amigos y los confidentes de los guerrilleros propalaban al día siguiente el parte de guerra: «Anoche han disparao los rojos de la Zagala sus cañones contra Alburquerque».

Los fascistas de los pueblos de la comarca pedían desesperadamente socorro a Queipo de Llano que disparaba heroísmos verbales por las antenas de Radio Sevilla. La voz carraspeante que ha impregnado de olor a vinazo mal digerido los aparatos receptores de media Europa amenazaba: «A esos salteadores marxistas de la sierra del Potrenque me los voy a merendar cualquier día de estos, aunque los rusos, según parece, les hayan enviado cañoncitos».

Cuando Morales, el «Teto», Flores y el «Morao» se enteraron del eructo de aquel borracho, decidieron hacer una sonada. «Tenemos que volarles un tren cargado de tropas, o cortarles la línea férrea para que descarrilen», repetía Flores. ¿Pero, cómo? Barajaron mil proyectos. Sus conocimientos técnicos no daban para tanto. «Lo más práctico será asaltar una estación y hacer todo el destrozo que podamos».

Con los ferrocarriles, en tiempos de guerra, ocurre todo lo contrario que con las carreteras: es mayor el movimiento de noche que de día. Por culpa de la aviación. Las águilas de acero se ceban de preferencia en las serpientes de acero que se deslizan sobre raíles para vomitar en los frentes de batalla su vientre repleto de soldados, cañones y bombas. A las diez de una mañana atacaron veinte guerrilleros rojos la estación de

Herreruela. Protegían su acción, interceptando las posibles vías de socorro, otros dos grupos. Los empleados escaparon o se escondieron. El tiroteo fué breve; las bajas escasas; Los guerrilleros destruyeron todo cuanto les fué factible destruir, lo mismo en el edificio de la estación que en las instalaciones de vía y obras. Flores cargó en las bestias una buena provisión de chocolate, bacalao, arroz y otros géneros, para variar el menú de los guerrilleros. Como andaba completamente destrozado, se puso un traje del jefe de la estación, y le dejó sus andrajos.

Como si la amenaza de Queipo les hubiese metido el diablo en el cuerpo, atacaron los guerrilleros por aquellos días la gran finca de Garay, un indiano que invirtió los millones que rebañó en América en comprar una de las mejores fincas de Extremadura. Más de una vez fueron huéspedes de Garay miembros de la familia Borbón y personajes políticos de primer plano. El palacio se hallaba bien defendido por guardias civiles y falangistas. Los guerrilleros sólo consiguieron ser dueños del caserío y aumentaron su escuadrón con algunos buenos ejemplares.

Para resarcirse de este semifracaso, montaron una emboscada en la carretera general. Sus confidentes les habían dado el soplo de que iba a pasar un autobús de La Estellesa cargado de falangistas que se dirigían a una concentración. Mataron cinco o hirieron a seis. Los demás huyeron en todas direcciones. Flores sintió verdadera pena por el autobús, que era magnífico, aunque comprendía que cualquier caballo matalón les hacía en aquellas

circunstancias mejor servicio que aquellos 60 H. P. que ardieron hasta no quedar más que su esqueleto metálico retorcido. Desahogó su rabia disparando el último tiro sobre los fugitivos, invisibles ya. Luego contó los cadáveres enemigos y exclamó: «¡Cochinos fascistas! Se nos han escapao demasiados».

Hicieron noche en un cortijo deshabitado. De madrugada les llegó confidencia de Alburquerque. Se había concentrado una columna de setecientos hombres para atacar a los guerrilleros en su reducto de la sierra.

«Andando», gruñó el «Teto». «Vamos a recibirles como se merecen».

FIN DE LA SEGUNDA NARRACIÓN

**Editado por el SUBCOMISARIADO
DE PROPAGANDA DEL
COMISARIADO GENERAL DE
GUERRA
Plaza de Nules, 2. Valencia**

PRECIO: 30 CÉNTIMOS
a beneficio de la formación cultural
del Ejército del Pueblo